

Ciclo: “Los políticos, la política”

“La regeneración de la política”

Conferencia del Doctor Ricardo López Murphy

Buenas noches señoras y señores, Señor Presidente de Ateneo y Biblioteca del Club, quien me ha delegado en esta tarea honrosa de presentar al orador de esta noche. Forma parte del ciclo de *Los políticos y la política argentina* que el Club se ha abocado como novedad. Hemos tratado siempre que la política no entrara en el Club como un factor de disolución, pero en este caso y en forma de ciclo, es nuestra colaboración a lo que llamamos reconstitución de la República.

El Doctor López Murphy representa algo importante en la política. Sus pergaminos comienzan en la década del setenta cuando estudiaba en la Universidad de la Plata, allí donde conoció a su novia, su mujer y la madre de sus hijos. Esa historia, que parece repetirse con otras, tiene una divergencia. Creo que el Doctor López Murphy se distingue por su concepto de ética en la administración de la *cosa pública*, el respeto a la ley de la Constitución y sus profundas convicciones democráticas, las cuales vienen de su padre, como lo ha manifestado una y otra vez. Sin más, los dejo con ustedes a Ricardo López Murphy.

Muchas gracias. Agradezco la presencia a todo el público, a los académicos y a la buena voluntad que ha puesto el Club para que hagamos una exposición, que lógicamente no va a ser agonal en los términos de la vida política. Es decir, no vengo a explicar por qué disputamos el poder, sino que vengo con una visión más arquitectónica, como un político que tiene un sesgo intelectual. Estoy para que tratemos de reflexionar juntos el problema del título: *la regeneración de la política*.

¿Qué quiero decir con que pensemos juntos? He tratado de preparar una exposición lo más breve posible para reservarnos el mayor tiempo a las preguntas. Creo que si yo invirtiera mucho en una exposición magistral, lo que haría sería quitar el

sentido profundo que tienen estas conferencias, que es el de crear una oportunidad de diálogo en la cual el liderazgo -mejor o peor que tenemos- se vea expuesto a un clima y a un intercambio que no es el que nutre habitualmente nuestras presentaciones. O enfrentamos adversarios o partidarios. Las reglas de juego pesan mucho en los factores emocionales y de posiciones previas a la exposición.

Aquí les pido que todos nos desnudemos y podamos abordar el problema importante que hoy vamos a tratar. Para ello, las reglas van a consistir en una exposición más breve que de costumbre, tratar de ir al punto y, que en el espacio de las preguntas, pueda razonar con ustedes los problemas que a todos nos angustian.

El título es *la regeneración de la política* ¿Por qué ustedes quieren regenerar la política? Porque está muy enferma, desprestigiada y devaluada. A veces, cuando me presento, hay gente que me dice “lástima que sea político”. Durante el último episodio de manifestación pública, la gente me distinguía porque me acercaba a pesar de ser político, como si fuera una enfermedad contagiosa, peligrosa y necesaria de cuarentena.

Con respecto a la política, quiero hacer referencia a mi tradición familiar. Lo que recuerdo, era un clima de admiración muy profunda a la vida política. Por mi padre, conocí a figuras muy distinguidas como Ricardo Balbín, Arturo Frondizi y otras en las que uno podía discrepar o acordar. Si bien tenía la sensación de que había un respeto muy cuidadoso por parte de la población, eso no quiere decir que no hubiera dificultades. Es testimonio de nuestra historia los fracasos que tuvimos, pero no había como hoy, un cuestionamiento que da vergüenza presentarse como expresión de la política. Me parece que corregir esto es esencial para transformar nuestra patria. Porque sin política y resignarse a ser gobernados por los peores, los espacios que se dejan son cubiertos, en general por aquellos que no les hace mella la desconsideración pública.

Pensando cómo abordar este tema de regenerar, primero tenemos que entender qué es lo que fracasó. Mi interpretación es que tenemos un fracaso en nuestro liderazgo que abarca varios renglones, hay un fracaso de tipo institucional. Es un país que tiene prácticamente veintitrés años de gobierno democrático y la gente va a las plazas en defensa de la constitución. Este es un tema de debate que es central en el Congreso.

La verdad que en su sustancia, en lo que Alberdi pensó, está violentada hasta lo más profundo. Pero el fracaso institucional de la democracia argentina reciente es extremadamente grave. El fracaso, que ustedes lo pueden percibir, está prácticamente en el incumplimiento sustancial de las normas de la Constitución, en el gobernar por el *decreto de necesidad y urgencia* y lo que viene ahora. Es decir, el silencio legisla. La

delegación de facultades es un tema que ahora está en debate, que es lo que cierra la concentración del poder y la eliminación del rol del Parlamento.

Los superpoderes, es decir, el desconocimiento de la responsabilidad del Parlamento en aquello tan decisivo a la democracia que es que no hay tributación sin representación y la lógica en el sistema político es un presupuesto discutido. El otro día en el extranjero, exponía las características del sistema institucional, ya que no se entiende fuera de nuestra frontera qué quiere decir esto de los superpoderes. Entonces, contaba que la ley implica que el Presidente puede reescribir el presupuesto de arriba a abajo, o peor aún, el jefe de gabinete también lo puede hacer. Me decían que no podía ser y que seguro era un problema de traducción, pero les respondí que se los iba a decir en inglés y en español para que chequeen que no hay un problema de traducción. Es decir, el deterioro institucional es muy profundo, hoy ha llegado a niveles grotescos y lo venimos teniendo históricamente por distintos mecanismos.

El deterioro del federalismo, es verdad que ha llegado al paroxismo con Kirchner, pero viene de antes el incumplimiento de las normas y ha llegado ahora al paroxismo. Incluso, el deterioro del sistema judicial viene de antes y también llegó al paroxismo con la reforma del Consejo de la Magistratura o con las versiones provinciales de este episodio. Lo que ocurre acá no es nada al lado de lo que sucede en Tucumán o en Misiones. Ahí tenemos dos casos que son estremecedores para tener una dimensión del fracaso institucional.

Este fracaso viene de lejos y creo que no haber educado al país en el respeto al funcionamiento leal de las instituciones, es decir, haber legitimado la acción directa, haber desconocido el artículo de la Constitución que no se delibera ni gobierna sino por medio de los representantes, está en el corazón de nuestro fracaso. No nos engañemos, hay gente que hace un panegírico de los sucesos del 20 y 21 de diciembre de 2001 y hay una destrucción institucional de una envergadura extraordinaria para la sociedad argentina. Tanto es así, que ha llegado a formar parte de nuestra conciencia colectiva que acá no importa ganar las elecciones, sino que hay que ver si se puede gobernar, y en ese caso, decir si los poderes fácticos van a permitir al gobierno legítimamente elegido ejercer el poder. También ha llegado a existir la noción de la impotencia, ya que el Estado no puede hacer su tarea esencial en un mundo civilizado, que es ejercer el monopolio de la fuerza al servicio del orden legítimo de la Constitución y de la ley.

Esto es lo que está en el corazón del fracaso como organización política, en el trasfondo de estos veintitrés años hay un gran fracaso económico. Yo observo por qué el

liderazgo chileno es tan prestigioso. Debo decirles que una de las experiencias que más he envidiado en la vida política contemporánea, es que me gustaría tener alguna vez un presidente que se retire de la Casa Rosada como lo vi retirarse a Ricardo Lagos del Palacio de la Moneda. Esa sensación de respaldo tiene un trasfondo del éxito económico en Chile y un trasfondo de nuestro fracaso que ha sido ostensible, marcado y que hoy está oscurecido por circunstancias. Fernando Henrique Cardoso explicaba el otro día en un reportaje –sugiero su lectura imprescindible para entender la Argentina- por qué a pesar de todo a Lula le va bien.

Ustedes saben que a Lula prácticamente se le cayó todo el gabinete por el hecho de corrupción y que sobrevivió, según Cardoso, porque las circunstancias económicas internacionales más formidables no pueden ser. Bueno, las de Brasil no son nada al lado de las nuestras, o sea, la circunstancia económica está obnubilando el verdadero problema, que es que la Argentina ha venido descendiendo relativamente al resto del mundo, un tema extraordinariamente importante que no lo hemos podido revertir. Creo que esa combinación de deterioro institucional y económico, marcó un deterioro social.

En la Argentina en la que me eduqué -fui a escuelas de gestión estatal en la primaria, secundaria y en la universidad- recibí una educación excepcional, de altísima calidad. Esa era la vida docente, el respeto y la expectativa de movilidad social, la cual era inmensa. Pero esa sensación no existe más, hoy la sensación es de una sociedad extraordinariamente fragmentada, quebrada, encerrada, bloqueada y terriblemente divergente en sus posibilidades y aspiraciones. Entonces, me parece que hay un fracaso social que se expresa en indicadores de deterioro, como lo son la pobreza, la indigencia y la distribución del ingreso. En general, cuando a uno le preguntan por qué se deteriora la distribución del ingreso, hay que mirar a los países que son igualitarios ¿Cuál es la característica central de estos países? Que los recursos humanos tienen un acceso muy homogéneo al sistema nutricional, de salud y educativo, es decir, están en condiciones de absorber el capital humano. Esa es la clave de los países exitosos.

Normalmente me fijo -para concentrar mi atención- con quien se pelea Kirchner porque sé que ahí hay algo muy positivo para estudiar. Como se la ha agarrado con Finlandia, me dediqué un tiempo a observar ese país. Finlandia, es quizás el caso de mayor progreso social y educacional en la experiencia contemporánea. Uno puede ver casos de mayor éxito, como por ejemplo Irlanda. Creo que este es un caso de mayor éxito económico, pero el fenómeno de integración y movilidad social que implica Finlandia, es un caso difícil de parangonar. La clave del fenómeno finlandés, es el

esfuerzo de integración social, el cual es parecido -en el fondo- al que nosotros hicimos, como en las presidencias históricas de Sarmiento, Avellaneda, Roca y Pellegrini.

Argentina logró producir, probablemente, el fenómeno más excepcional de la historia de la humanidad en el ciclo de la Organización Nacional que culmina en 1930. Hay un libro muy interesante de Roberto Cortés Conde sobre la economía argentina en el siglo XX, en el que revitaliza a los argentinos. Esa sociedad, llegó a tener una enorme movilidad, una gran aspiración, como por ejemplo, de Félix Luna en su libro *Perón y su tiempo*, donde relata que en ese entonces la sociedad tenía un optimismo visceral. Lo que hoy tenemos, es un pesimismo visceral. El optimismo está relacionado a los éxitos extraordinarios, y mi lectura es que parte de la degeneración de la política y de la pérdida de respeto, la sensación de la población es que este liderazgo en general, la ha llevado a un fracaso colectivo extraordinario.

Tengo la sensación de que hoy es peor porque está todo oscurecido por las fenomenales condiciones externas. Déjenme ilustrar esta situación con un caso actual que a mi me tiene impactado. Las reglas en la política comercial norteamericana están por cambiar, todos los países tratan de ver cómo penetran y retienen las facilidades. El único que ha renunciado explícitamente para hacerle espacio a los demás es el nuestro. Lo cual es un caso increíble, de suicidio colectivo. Sugiero el artículo de ayer de Miguel Ángel Broda en el diario *La Nación*, para entender la locura que hemos hecho. Pero esa sensación social de fracaso, me parece muy importante y no sólo tiene sentido en los indicadores objetivos de deterioro, sino en la percepción por parte de la sociedad de que no hay un plan consistente en nuestro liderazgo, como fue, por ejemplo, el de la generación del ochenta. Este plan tuvo dos bases: la modernización de la sociedad y la legitimación política. El verdadero estado final, en términos de las aspiraciones, se logró en el gobierno de Alvear, donde se aprovecharon circunstancias excepcionales no sólo para consolidar la transformación económica y la modernización, sino porque pasamos de un régimen elitista-oligárquico a un régimen plenamente democrático.

Por último, viene la crisis aspiracional. El problema cultural está en el corazón de los problemas que vivimos. La sociedad argentina, en la época donde valoraba mucho la política, tenía enormes aspiraciones. Roque Sáenz Peña, Quintana, Alberdi y Sarmiento, eran aspiraciones de ser el primer país del mundo. Hoy están desmesuradas. Hace minutos reflejé que Chile me parece una meta extraordinaria. Cuarenta años atrás, teníamos el ingreso per cápita de España, hoy estamos entre dos y cuatro veces -según la metodología que usemos- del ingreso per cápita de España. Cualquiera que dijera que

hoy la meta es España es imposible, ya que está totalmente fuera de nuestro alcance. Entonces, hay una crisis aspiracional que se transmite a toda la sociedad en un sentido tan decadente, que hemos llegado a pensar que mientras la situación económica nos de margen, olvidémonos del resto. Esa sensación, hoy es muy poderosa. Observen el sistema político. El transfuguismo alcanzó dimensiones colosales, o sea, uno está dispuesto a renunciar a sus valores históricos con tal de participar de la piñata presidencial. Pero no se hace de manera vergonzante, sino a la descubierta para ver qué nos toca y rápido, no sea cosa que se meta alguno ahí adelante.

El otro día, decíamos en Córdoba que estábamos tratando de que el país tenga una alternativa, pero sufrimos la desventura de ser castigados porque acá hay una piñata a favor y otra en contra. O sea, el que se opone sufre las restricciones y se ve obligado a una acción casi aséptica para defender su punto de vista. Entonces, mi estrategia es: si me invita el Club Universitario voy y si me invita otro también, porque voy para exponer, para mantener la antorcha de que hay algo diferente, que no todo está perdido, que hay un camino y no hay que desfallecer. En una de esas exposiciones en Córdoba, me ocurrió un fenómeno extraordinario. Se para un señor y me dice: “lo vengo a escuchar porque usted no se vende y tiene coraje”. Yo lo escuché y pensé si no me habrá encontrado algún otro atributo, porque es muy pobre que usted venga nada más porque hay algo que no se prostituye en la República. Esa es la verdadera magnitud de la degradación. Ya no es que no pueden caminar por la calle, que no le tienen confianza, que se prostituye. Le llama la atención que haya alguno que todavía no lo haya hecho. Ese es el rasgo central y decisivo.

Frente a eso, voy a tratar de señalar luego de la descripción, las razones de este problema. Creo que el sistema político argentino se ha degenerado por dificultades de diseño de sus propias reglas, de cómo resolvemos el problema de formación y financiamiento de los partidos políticos, como de las reglas electorales. Hemos convalidado un nivel de miopía excepcional. Por ejemplo, lo que me asombra, es que nadie pregunta por las reservas petroleras, gasíferas y eléctricas. Ustedes saben que eso se ha derrumbado en la Argentina y nadie pregunta nada, lo cual es inexorable. Nadie se pregunta por qué la visión es absolutamente miope. Las soluciones de hoy son los problemas de mañana, y esa miopía está metida en el sistema a extremos insólitos. Esa actitud me parece que está en el corazón del problema, el cual está dentro de la cultura de la sociedad. Todo es oportunismo porque no está la idea de que hay un sistema político en el cual la reputación, la concurrencia reiterada y la competencia, lo obliga a

mantener la coherencia. En un sistema político estable, la competencia y la ocurrencia determinan si usted es elegible o no. No hay historia ni reputación, hay total impunidad.

Cuando uno mira las reglas en abstracto, el diseño institucional argentino es bastante razonable: la división de poderes, los mecanismos de control y balance, el respeto a la sociedad civil y a la prensa libre. Todo lo que tiene que estar, en los hechos eso es una cáscara. Lo sustancial no tiene nada que ver con eso, es decir, la arbitrariedad y discrecionalidad pueden ser absolutamente extremas. Miren dos casos que me tienen fascinados por la dimensión y el número de ciudadanos que están implicados. El tema es la previsión para la vejez, donde han pasado dos cosas extraordinarias. La primera es que tuvimos que aguardar un fallo de la Corte para que el Gobierno se disponga a reconocer la movilidad de los haberes pasivos que están reconocidos en nuestras leyes. Pero hasta que la Corte no lo dijo, nadie se ha sentido afectado. Por ejemplo, hubo personas que reciben más de 400 pesos de jubilación que fueron fuertemente discriminadas, y las que reciben más de mil fueron terriblemente discriminadas. La legislación argentina no permite eso en principio y ahora aparece el fallo de la Corte ¿Cuál es la reacción del Gobierno? La respuesta es bueno, vamos a arreglarlo para adelante, nos vamos a ocupar de que no haya retroactividad. Pero eso no tiene nada que ver con el fallo. Entonces uno dice bueno, no hay representación social ¡Acá hay millones de personas afectadas, cómo es posible que pase eso, que el gobierno se plantee ese tema!

Pero voy a otro caso que me estremece, que es que todos los que cumpliendo con la ley, ahorramos para nuestra vejez. En el sistema de fondo de pensión, de acuerdo a las leyes argentinas, fuimos groseramente confiscados. Nuestros ahorros fueron de carácter forzado y no sólo lo confiscaron, sino que el Presidente, de vez en cuando se ocupa de recordarnos y decirnos que nos ha sacado los ahorros y nuestros esfuerzos. Ahora ¿qué es lo que hace que la sociedad no reaccione frente a eso, que no busque un camino ni tome una actitud? ¿Qué hacemos con esto? Bueno, voy a plantearme cuatro caminos que tienen que ver con esta esquematización simple que usé para poder presentar el tema y motivar las preguntas. La primera es cómo recomponer el respeto institucional. Yo partiría de una actitud de respeto a las normas, o sea, la única manera es ser implacable en la defensa de las instituciones, creo que otro camino no es factible.

Fíjense a qué punto ha llegado que ya el Gobierno se siente en condiciones de ocultar los datos sobre la seguridad, es decir, el nivel de patrimonialismo. Ya no es que usan los recursos públicos para su beneficio, sino que lo usan para que los que son los

problemas del gobierno, tampoco se conozcan. Eso ha pasado a formar parte de la práctica política ¿Qué hacer sobre eso? Hay dos caminos que se me ocurren como factibles. El primero, es jerarquizar en todo nuestro discurso, no como exposición sino como cosmovisión, jerarquizar el respeto a la institución, o sea, recrear esa sensación de que esas instituciones son nuestro marco de pertenencia. En esto no estoy pidiendo que seamos ángeles, pido que hasta cuando no podamos hacer las cosas perfectas, seamos concientes de nuestras imperfecciones y tengamos la voluntad de corrección. En segundo lugar, me parece que hay que jerarquizar la política local. Había un presidente de la cámara representante de los Estados Unidos que decía que toda la política es local. No es que él ignoraba los problemas internacionales y nacionales, sino que decía que la participación ciudadana se verifica, el ciudadano real y concreto participa en el local. Creo que la clave de reconstruir el sistema político argentino, pasa por una participación masiva a nivel local. La forma de que la gente participe masivamente, es aplicar ese principio tan caro de la doctrina de la Iglesia que es el de subsidiaridad. Es decir, que no sea una dimensión de gobierno más alta la que deba resolver el problema, sino que esté más cercana al ciudadano. Creo que en el espíritu del federalismo está ésta noción y la de que también nos permite vivir en la pluralidad y diversidad. Creo que ese doble énfasis de descentralizar y jerarquizar la dimensión local de la política donde uno conoce a los actores y jerarquizar el respeto institucional, es el camino para reponer el respeto a las reglas políticas, el respeto como mecanismo correctivo.

El segundo, es más complejo porque tiene que ver con las cuestiones económicas. Nosotros tenemos un ministro de Economía que dice que hay que desconocer los precios internacionales. O sea, es como si yo le dijera que para lidiar con la fiebre desconozca el termómetro. Eso no es posible. Pero mi sensación es que el único camino es reconstruir en la Argentina un valor muy importante, yo diría en el proceso más exitoso de nuestra tierra que fue cuando comenzamos a seguir las reglas que seguían los países exitosos. Ese es para mí el principal mensaje de la experiencia chilena ¿Qué hace Chile? Lo que hacen los países exitosos: se integra al mundo. Hoy el mundo está viviendo un proceso formidable de integración y cuanto más nos integremos, mayores oportunidades vamos a tener. No hay respuesta sencilla porque el reconocimiento de la realidad económica es como el reconocimiento de la física. Por ejemplo, si usted ignora la ley de gravedad, tiene problemas colosales. Si usted está en el décimo piso y quiere saber si flotará, si quiere hacer el experimento muere. Con la economía ocurre algo similar pero demorado en el tiempo. En la física el efecto es

inmediato, mientras que en la economía se dilata. La única regla que veo para transmitir el sentido común, es que cuando hacemos cosas muy diferentes del mundo preguntémonos porque somos tan geniales. Esa es casi una cuestión cultural. Cuando uno hace cosas muy diferentes, tiene que preguntarse cuál es la genialidad que los demás no vieron. Sobre este problema, les cuento el último episodio con los bancos multilaterales. Habíamos ido a pedir un préstamo para financiar el crecimiento de las exportaciones de carne al mismo tiempo que las prohibían. Entonces, el directorio de este organismo discutía si habíamos reparado en la inconsistencia de ambas políticas. Algo está muy complicado en la forma en que pensamos los problemas y yo digo ¿cómo se vuelve a la racionalidad cuando hay una enorme confusión? Me parece que hay un camino que tiene que ver con la calidad institucional, que es que en todos los países, los líderes políticos tienen que enfrentar a una prensa libre. Eso quiere decir básicamente tres cosas.

En primer término, participar en debates. La presidenta Michelle Bachelet, por ejemplo, llevaba veinticinco puntos de ventaja en las encuestas y aceptó cinco debates. Acá siempre el argumento es que el que lleva ventaja no debate. En general, la única manera de recuperar racionalidad que veo es que estos casos puedan ser expuestos en la sociedad, porque la verdad es que estos papelones nos hacen ver que hay un problema. Las entrevistas periodísticas, son el otro mecanismo que las sociedades libres usan para estas cuestiones. Uno de los dramas que usted tiene si es un dirigente político, es la entrevista. Pero no con el periodista adocenado o el incentivado. Vieron que ahora no se dice coimeado, sino incentivado. No digo con el periodista incentivado, sino con aquél que obliga a un debate más franco y abierto posible. Un episodio que creo que los argentinos no perciben porque es absolutamente inusual, es que nosotros no tenemos conferencia de prensa. Yo hago el esfuerzo de recordar si alguna vez alguien le pudo hacer una pregunta al Presidente de la República, como es en el resto del mundo. El otro día observaba por la BBC el esfuerzo desesperado de Tony Blair de sobrevivir en el. Ahora, ese mecanismo es el único que se me ocurre para recuperar la racionalidad en estos tiempos. El tercer tema es el social. Creo que tenemos una agenda que tiene que ser cómo recomponer la cohesión social en la Argentina, porque jamás la vamos a recuperar con clientelismo. Entonces, la pregunta es ¿cómo recuperamos la cohesión social? Tengo la sensación de que ese debate es el más complejo. Esta recuperación nos va a poner en un esfuerzo extremo para poder devolverle a la sociedad una aspiración

legítima, factible y financiable, pero nadie se engañe sobre eso. Europa invierte enormemente en cohesión social pero a un esfuerzo colosal.

Por último, y con esto concluyo, es el tema de las aspiraciones. La sociedad tiene que poder tener un debate que no sea maniqueo ¿Qué significa esto? Un debate infantil, a lo que llamo la teoría política de *rin tin tin*. Ustedes habrán escuchado decir “ahí están los malos, pero llegamos los buenos que arreglamos los problemas”. Esa cuestión no se puede decir en ningún país civilizado ¿Qué es lo que construye un debate aspiracional legítimo? Lo construye cuando usted puede poner los dilemas de la sociedad de una manera organizada y lúcida. Estos problemas en América Latina son muy claros: cómo ofrecer igualdad de oportunidades, cómo evitar que atender el infortunio anule los incentivos de una sociedad, cómo asegurar la libertad, el pluralismo y la diversidad, y finalmente de qué manera asegurar el principio de la autoridad legítima. Esos son los dilemas de la teoría política, dilemas normales de la organización de la sociedad. Un liderazgo político es incapaz de contestar sobre esos problemas. Fíjense al extremo que hemos llegado, que hemos considerado legítima la acción directa, es decir, la política exterior argentina. Los foros internacionales son determinados por un grupo de gente que se apropia de los pasos internacionales, es decir, la acción directa es legítima. La sociedad percibe actitudes y no ve en la reacción de la opinión pública un límite. Me parece que la reconstrucción de la confianza en la política necesita regenerarse, ya que el sentido común también es importante en la Argentina.

Muchas gracias.

- Doctor, usted ha sido ministro de Economía y de Defensa. Hace unos días, los periódicos decían que usted por la República estaba dispuesto a ocupar cualquier cargo menos ser astronauta ¿Qué ha querido decir con eso?

- Ahí hay dos niveles de reflexión. El primero es que me parece importante que la Argentina se centre en los problemas que tenemos. Dije que como dirigente cívico, tengo que estar dispuesto a asumir la responsabilidad del caso, cualquiera fuera en ella pero excluyo la de astronauta. O sea, si me propusieran ser astronauta, creo que mis aptitudes físicas ya no me lo permiten, por lo tanto, excluido eso, estoy dispuesto a entender lo que mejor sirva al espacio de ideas y representación que nosotros vamos a defender. Lo que quise decir es que no voy a cerrar ningún camino. Para serle honesto, creo que no es valioso hoy la discusión de candidatura. No puedo evitar que cada

periodista que se plante frente a mí, me pregunte si voy a ser candidato y dónde. Esa discusión me parece muy empobrecedora, no lo puedo evitar. Entonces, excluido astronauta, todo lo demás es posible.

- Cuando usted asumió como ministro de Economía, en sus objetivos que había trazado, era de reducir el presupuesto fiscal. Entre otros aspectos, se destacaba como que tenía proyectado también reducir la burocracia que había en el país ¿Cuáles serían los puntos a ser tratados para poder haber alcanzado esos objetivos y, dado que el ex presidente no lo había acompañado en su gestión, si el señor Ingeniero Macri, al día de hoy, comparte sus proyecto?

- Primero, ubiquémonos en marzo de 2001. Fue una situación muy crítica para el país, creo que la última oportunidad que teníamos de evitar la catástrofe. En esas circunstancias, esto me va a obligar a una respuesta larga, pero no lo puedo evitar porque alguna vez hay que explicarlo bien ¿Cuál era la situación objetiva de Argentina? El país estaba enfrentado a una pinza que era la indisciplina que había tenido en la década del noventa, la que le había hecho acumular el endeudamiento en épocas de relativa prosperidad y una situación externa que es exactamente opuesta a la actual. O sea, una crisis internacional que más cosas no se podían acumular en contra del país: la crisis asiática con la brutal caída de los precios de las commodities, la crisis rusa y el cierre de mercado de capitales, la crisis brasileña, la devaluación de todos nuestros vecinos que nos descolocó dramáticamente, la crisis en el Nasdaq, y yo diría una situación absolutamente límite que nos ponía al borde del colapso institucional, como finalmente ocurrió en diciembre. Vivíamos un proceso de deflación. Ustedes recuerden que teníamos inflación negativa, una situación extremadamente delicada bajo condiciones, que puedo decirlo con toda tranquilidad ahora pasado suficientes números de años, donde la Argentina había recibido el programa de apoyo más formidable que se había pensado internacionalmente de carácter preventivo. Era lo que se llamó popularmente el blindaje. Este era un programa de asistencia preventiva para que no ocurriera lo que el mundo veía que iba a suceder ¿Qué era lo que tenía que hacer la Argentina? Debía mantener metas que eran extremadamente holgadas, trimestre por trimestre, de manera de poder cumplir un programa que era de unos déficit extraordinarios. Teníamos previsto un déficit de 11 mil millones de dólares, -digo como para que entendamos que no era que nos pedían que hiciéramos un esfuerzo- era un

fiesta. Para que ustedes tengan conciencia, hoy tenemos algo así como 8 mil de superávit. En esas condiciones, en marzo de 2001, me comunican que había renunciado el ministro de Economía y que me tenía que hacer cargo y revelar, en mi primera intervención, que el programa de ayuda se caía porque habíamos violado durante el primer trimestre las metas por un monto excepcional, y que a partir de allí íbamos a tener una crisis de confianza colosal. En esa circunstancia ¿qué había que hacer? Restablecer la credibilidad y actuar con la suficiente energía para revertir el rumbo, cautelando la situación de los sectores sociales más vulnerables, es decir, evitando tener que tomar medidas que afectaran a los sectores sociales más vulnerables. En mi opinión, y la del equipo que me acompañaba, se diagnosticó que no había espacio para intentar un camino menor, sino que había que ir a buscar la capacidad de revertir la crisis de expectativa que íbamos a tener. O sea, teníamos que ser capaces ese mismo día de decir que había un problema inmenso pero que acá estaban los cirujanos. Ese era el dilema comunicacional que teníamos.

La verdad histórica de ese episodio, es que el programa estuvo listo. Yo fui nominado el lunes y el programa estuvo completo el miércoles ¿Por qué se demoró en ese momento el ministro-que era yo- en hablar diez días? Para que el gabinete nacional, la coalición parlamentaria y la coalición de gobierno, se abocara detrás de las medidas, ya que no sólo había que explicarlas y entenderlas, sino que se las debía apoyar y sostener. El único pedido que le hice al Presidente en aquella oportunidad, fue que yo estaba dispuesto a mantener abierto los mercados durante dos semanas en silencio. El viernes que le seguía no, sino el otro, iba a hablar al país para explicar cómo continuábamos. Ese era el único acondicionamiento que había: hablar y explicar. En esas circunstancias, cuando se anunció el programa, renunció el gabinete en el curso de la exposición y se produjo una enorme dificultad en la opinión pública. La desesperación que tenía la sociedad y el gobierno, era de encontrar un atajo, una alquimia que evitara enfrentar el problema. Creo que esa fue la razón central del problema político. Lo que yo no estaba dispuesto a hacer, era ocultar el problema porque creía que corríamos el riesgo de que pasara lo que ocurrió en meses subsiguientes. O enfrentábamos el problema y decíamos “sabemos como resolverlo y estamos en fuerza de resolverlo”, o nos llevaban puesto. Además, requeríamos un gran apoyo internacional. Les voy a contar una anécdota de esos debates que a mí me ha impactado. Uno de los ministros que cuestionaban y que finalmente renunció con lealtad, me decía: “Ricardo, el problema que tengo no es lo que decís, es que creo que lo vas a hacer”. Ahí estaba la clave del problema. Creo que

estructuralmente, la sociedad argentina necesita modernizarse, hoy no tiene esa circunstancia agobiante ¿por qué? bueno, porque las circunstancias externas son exactamente las opuestas. Las commodities vuelan mientras que el comercio mundial no vuela, está proyectado.

Un artículo, publicado ayer en *La Nación*, de Miguel Ángel Broda, es extraordinariamente útil para entender lo que está pasando en el mundo. Vivimos en los años de expansión más grandes de la historia de la humanidad, estamos en una autopista al éxito...el mundo, porque Argentina es otra cosa. El mundo está viviendo un fenómeno casi difícil de comprender, que es la coexistencia del capitalismo abierto y su capacidad de sacar de la pobreza a cientos de millones de personas, sumado a las fenomenales transformaciones tecnológicas. En esas condiciones, las circunstancias económicas son excepcionalmente favorables para nuestro país. El problema de la Argentina es cómo administrar situaciones favorables, quizás sólo las tuvimos algo similar entre 1890 y la primera guerra mundial. Hoy nuestros dilemas no son los de marzo de 2001, ya que en ese tiempo el país estaba marchando al precipicio y había que lograr torcer a un vehículo que estaba lanzado y todo el mundo tratando de apretar el acelerador. Pero creo que hoy el debate no es el razonable. El espacio de ideas alternativo al gobierno nacional, tiene muy claro el problema. Es decir, sueña con hacer una cosa muy sencilla: lo que hace Chile, Perú, Colombia, México, Brasil y Uruguay. No, no hemos bajado nuestras aspiraciones, simplemente no queremos nada anormal, nada excepcional, sólo lo que hacen los demás y que experimenten en otros, no en nosotros. Como nosotros necesitamos recuperarnos, lo que hoy requiere el país, es sentido común y racionalidad. Por supuesto que creo que una burocracia inadecuada, parasitaria y destructora de valor, no es sana. Un país cerrado al mundo, donde los incentivos no son valiosos y en el que ha despreciado la cultura de trabajo, no es sano. Como no es la circunstancia absolutamente extrema de marzo de 2001, yo diría que estaría mal que yo quisiera volver a eso. Es como si usted me preguntara cual sería mi reacción en el quirófano en el caso de que sea médico, y cuál sería frente a una persona que esta jugando al tenis. Está claro que son realidades distintas. No podemos proyectar lo de ayer a las circunstancias de hoy. Me parece que la credibilidad de la alternativa al Gobierno, va a requerir que seamos muy coherentes y consistentes. Puedo tener muchas limitaciones, pero si algo he probado a lo largo de mi vida, es que soy muy coherente y consistente.

- Me quedo con varios conceptos, pero de los últimos destaco dos: uno es la integración al mundo y el otro es el de hacer lo que hacen los demás. Uno ve como Irlanda o todos los países del este de la comunidad, se unieron a la Comunidad Económica Europea y con eso, se rigen bajo normas más macro que las que tienen en sus países ¿Eso en Sudamérica es posible? Muchos dicen ya que nuestros socios serian países mucho más pobres que nosotros y uno ve quizás como Alemania, Francia y España, se abrieron al resto.

- Creo en la idea que hubo de construir el Mercosur. Si hubo algún acierto en los gobiernos democráticos, fue el de tratar de mejorar sustancialmente las relaciones con nuestros vecinos. Allí hubo un éxito extraordinario de política exterior, desde haber disuelto los conflictos limítrofes, pasando por la búsqueda de complementación en materia de defensa y seguridad. Logramos avances sustanciales tanto que, llegamos a tener un plan con cuenta única con Chile para medir los gastos de defensa nacional. Eso no se hace en ninguna otra región del mundo. Construimos un fuerte esfuerzo de integración comercial y me parece que veníamos avanzando a un proyecto: el regionalismo abierto. Es decir, hacerlo en un marco de integrarnos al mundo. Debemos crear un área de paz, confianza y de seguridad jurídica ¿Cómo creábamos el área de seguridad jurídica? Bueno, es más fácil modificar las normas de un país que las de un área. O sea, la idea era si las normas se hacen del Mercosur, ya no hay que conseguir que el parlamento argentino haga una barrabasada, sino que hay que lograr que todos los parlamentos hagan una barrabasada, lo cual es más complejo. Esta fue la idea de la Comunidad Económica Europea, construir un lugar que fuera confiable, previsible y cierto. Es verdad que había diferencias económicas entre nosotros, pero si miran el Mercosur más Chile, las diferencias eran de orden menor excepto con Paraguay. Brasil, Uruguay, Chile y Argentina, tienen niveles de ingresos per cápita que si bien no son iguales, son razonablemente parejo. Creo que ese proyecto era razonable en el marco de la integración al mundo, y también creo que estamos yendo para el demonio. Les voy a dar dos dimensiones. La primera es el retroceso enorme sobre el tratado de Asunción Europetro, que fueron las cláusulas de adaptación competitiva, regalar para cada gobierno nacional la posibilidad de trabar el comercio. Una vez que usted puede hacer eso, olvídense de la integración.

La segunda, fue la incorporación catastrófica de Venezuela ¿Por qué? Porque como dice alguien, Chávez es nuestro broker. Como nosotros no podemos colocar títulos en el

mercado internacional, se los vendemos a Chávez, quien los coloca por nosotros. Nuestro agente de bolsa es el señor Chávez. En el parlamento venezolano no hay diputados de la oposición. Ustedes se acuerdan que en los países stalinistas habían elecciones donde Stalin sacaba 99, 9. Había algún sobre que se perdía la boleta. En un país democrático es difícil pensar que alguien ha logrado ese nivel de unanimidad. Basta haber pasado la experiencia del matrimonio para estar convencido de que eso no es viable. La unanimidad es difícil de obtener, entonces mi sospecha, es que si en el parlamento venezolano no está representada la oposición, es que debe haber algo no muy democrático y eso nadie lo disputa ahora. Hay algunos epígonos del régimen que dicen que ser democratista y hacer énfasis en la integridad de la conducta personal es un criterio reaccionario. Ustedes imagínense a donde estamos llegando. En ese clima cultural, lo delirante de Chávez nos parece verdad. Él va a Irán, Corea del Norte y a Bielorrusia. Miren qué lugares de referencia. Bielorrusia es la dictadura más feroz que permanece en Europa Oriental, Corea del Norte es el que prueba misiles sobre Japón y el Jefe de Gobierno iraní es el que niega el holocausto ¿A qué estamos jugando uniéndonos allí? Creo que más temprano que tarde, estamos jugando a que no haya efectivamente Mercosur. Por ejemplo, Chile está obsesionado en este momento por firmar acuerdos comerciales. Para asegurarse el ingreso, quiere volver a la comunidad andina ya que las preferencias arancelarias de los Estados Unidos se caen y probablemente ocurra algo similar en los demás países desarrollados. Ese es el juego ¿Nosotros qué nos aseguramos? La relación con los regímenes más atrasados, bárbaros y depotistas de la tierra. Lo más reaccionario de la vida es cuando la sucesión es depotista. Si hay algo arcaico, anacrónico y reaccionario es eso. No sé si han observado a Fidel Castro cuando tiene que delegar el mando: Primer Secretario del Partido Comunista a su hermano, Secretario del Partido Comunista a su hermano, Presidente del Consejo de Estado a su hermano, primer educador de Cuba a su hermano, primer electricista a su hermano. Esa es la idea de que el poder es una cuestión depotista, de familia. En Corea ocurrió lo mismo cuando el sucesor de Kim Il Sung fue Kim Jong-il. La idea del régimen comunista vuelve antes de la revolución francesa, cuando los regímenes monárquicos más atrasados se sucedían en los hermanos y en los hijos. Nosotros tenemos otra costumbre, hemos atribuido al matrimonio los vínculos que en otros casos son de mandado o de descendencia. Cuidado con eso, los matrimonios han pasado a ser una nueva dimensión de la oferta política. Tiene la misma naturaleza reaccionaria que un régimen filial.

- Usted al principio señaló que no sólo bastaba ganar las elecciones, sino con gobernar contra todos los grupos de poder - para llamarlo de alguna manera- que no les importaba la voluntad popular sino lo que ellos querían. Entonces, parece ser que el tema de la gobernabilidad está antes que cualquier otra cosa. Esto es, poder llevar adelante un programa, depende exactamente de esa gobernabilidad. Entonces yo le pregunto si usted y su coalición, si en octubre fueran elegidos presidentes ¿qué harían para asegurar esta gobernabilidad?

- Restablecer el monopolio en el uso de la fuerza al poder legítimo del estado. Usted preguntará si se podrá. Bueno, ese es el desafío. Si hubiese sido presidente, todo el mundo sabría que hubiéramos tenido unos días iniciales complejos, porque la clave estaba en si iba a poder gobernar o no. Tenga la duda que usted quiera, pero de lo que no tenga ninguna duda, es que si yo estoy a cargo lo voy a intentar. No me parece que sea factible gobernar sin asegurar ese atributo. Ahora, si usted va estar ahí como si fuera un monigote, no va a tener la base de la credibilidad. Restablecer la idea de que el gobierno puede asegurar el respeto a la ley, al orden público, a las reglas de convivencia, me parece esencial. Mucha gente que dice que hay que cambiar la imagen, pero la verdad es que yo creo en cosas muy básicas: la limpieza, el orden, el trabajo honrado, el estudio, la familia, en Dios y en el amor a la patria. Estoy dispuesto a hacer lo necesario para que se respete la ley y la Constitución.

- Coincido con su diagnóstico de la situación del país, pero creo que un poco flota acá en el ambiente, que seguimos hablando de economía y de corto plazo. Creo que a la Argentina arreglada no la voy a ver, como mucha gente con canas que también está acá. Ahora ¿no cree que los partidos políticos tendrían que preocuparse por tratar de reconstruir la Legislatura?

- En mis propuestas iniciales, les decía la necesidad de reconstruir el poder local y la idea de la participación de la ciudadanía en los gobiernos locales. Es decir, que ahí es donde usted puede recomponer la relación de confianza con los ciudadanos, y la verdad es que trato de evitar siempre hablar de economía, pero lo que ocurre es que en general hay como una obsesión sobre la viabilidad de nuestro país. No se olviden que tenemos cerca de un millón de jóvenes emigrados que no son como en otros países los sectores

más vulnerables de la sociedad. Los que acá emigran son los sectores más capitalizados humanamente, se han ido básicamente por un enorme escepticismo sobre el comportamiento de la sociedad, la calidad institucional y política; pero sobre todo con la sensación de que es muy difícil recomponer la confianza en el futuro. Esto tiene una naturaleza esencialmente política, institucional y cultural. Si pudiéramos recomponer el respeto en la sociedad argentina, por ciertos mecanismos básicos de selección de nuestros liderazgos, eso ya sería un progreso extraordinario.

Todos somos producto de nuestros traumas, experiencias y adversidades.

Personalmente, me cuesta entender cómo la provincia de Buenos Aires votó de esa manera tan abrumadora a la senadora por Santa Cruz, luego de haber sido discriminada por la provincia de Buenos Aires en un contexto donde la candidata no dio entrevista, no hizo un debate y ni siquiera fue a votar. Esa cuestión decisiva me parece que está en el corazón de entender nuestro problema. Usted me dice que recompongamos la Legislatura. Bueno, pero vayamos un paso antes, vamos a recomponer cómo nuestra gente elige y qué es lo que quiso expresar allí. Llevo en mi memoria, como un tema crucial de la cultura argentina, la actitud social de no requerir ninguna de las reglas comunes de las competencias electorales en todos los países. Reponer la calidad de la Legislatura, de la división y control de poderes, requiere reponer la lógica del voto.

El sábado, participaba de un acto en el Congreso en el que aparecieron cuatro veces más personas de las que habíamos convocado. Obviamente como todo político me vino bárbaro, pero más allá de eso, mientras preparaba mi exposición, reflexionaba sobre lo que le había pasado a la provincia de Buenos Aires. Los que no votaron por el gobierno, se encontraron con tres votos que están absolutamente extraviados. Descabezada la opción del duhaldismo, y quebrado en tres el partido radical. Ustedes saben que por un lado están los K, por el otro los L que son lavagnistas y los que quieren irse para otro lado. Todo está quebrado y lo digo respetuosamente, pero esa es la situación objetiva. Del otro lado, hay una dificultad muy grande de cohesionar la fuerza, y lo que ocurrió objetivamente, es que el gobierno se ha quedado casi sin control. El episodio en la legislatura de la delegación de facultades es extremo. Eso no ocurrió en abstracto, sino que fue a partir del voto de octubre en la provincia de Buenos Aires donde se desbalanceó el sistema político. Rebalancear el Congreso y la Legislatura, requiere rebalancear el voto popular. Ese es el enorme desafío que tenemos.